

BRASIL



Sociedad

Población urbana: 72,9% (1988); 75% (est. 1990)
 Población económicamente activa: 29,0% (1988)
 Desempleo: 4,9% (est. 1990)
 Analfabetismo: 22,3% (1965); 19,7% (1987)
 Gasto público en educación: 4,5% del PIB
 Habitantes por médico: 728 (1988)
 Diarios principales: O Globo (1925), O Dia (1951), Jornal do Brasil (1891), Folha de São Paulo (1960), O Estado de São Paulo (1890), A Tarde (1912), Diário de Pernambuco (1927), O Liberal (1946)
 Religión: Católicos 87,8%

Economía

Renta per capita: 2.0315 (1987); 2.5505 (1989)
 Deuda pública externa: 114.592 millones de \$ (1988); 84.288 millones de \$ (1989)
 Tasa de crecimiento del PIB: 3,7% (1985-88)
 Estructura sectorial del PIB (1986): Agricultura y minería: 10,6%; Manufacturas y construcción: 38,9%; Servicios, 50,5%.
 Exporta: Algodón en rama, azúcar (1r. productor mundial), cacao (2º productor mundial), café (1r. productor mundial), madera, equipos mecánicos y eléctricos, minerales, productos químicos, soja (2º productor mundial), tabaco (3r. productor mundial), textiles.
 Importa: Alimentos, fertilizantes, hierro fundido, acero, maquinaria y materiales eléctricos y de transporte, papel, petróleo y derivados, plásticos.



Brasil

Fernando Pariente

Casi todos los rasgos que definen a Brasil son consecuencia de la magnitud de su extensión. Es el quinto país más grande del mundo, pero con la particularidad de carecer de desiertos y formaciones rocosas, por lo que la totalidad de su territorio es habitable. Esto le convierte en una nación llena de variedades y contrastes. Posee paisajes diferentes, climas diferentes, gentes diferentes... y, además, enormes cantidades de reservas y recursos que le llevan augurando, desde hace mucho tiempo, prosperidades futuras que parece no acabar nunca de llegar.

En Brasil está el río más grande y caudaloso de la Tierra y ello le confiere una importancia vital para el equilibrio ecológico de nuestro mundo. La Amazonia no es sólo la cuenca hidrográfica más caudalosa, es también el mayor pulmón del planeta; así que todos respiramos un poco a través de ella. La organización de las primeras sociedades coloniales tuvo lugar en una larga franja costera que iba desde el norte de las bocas del Amazonas hasta casi el Río de la Plata. Por detrás, la vegetación y las distancias imponían una frontera natural al avance de la organización urbana que llamamos civilización.

El desarrollo actual de la nación depende todavía de esa conquista de su Oeste particular, necesaria, difícil y peligrosa para el resto del planeta si se somete la selva a una deforestación sin tasa ni discreción. Brasil es un país de exuberantes bellezas y expectativas; un país joven, una sociedad abierta al futuro donde conviven gentes de origen portugués, con una importante etnia de origen africano; además hay numerosos grupos de inmigrantes de todos los países europeos y una abundante colonia de japoneses y de otras razas orientales. Conserva, por otra parte, el mayor contingente de tribus indígenas que viven en su cultura autóctona y en su propio medio sin contaminación, ni contacto con el resto del mundo. Su día más esperado es el carnaval; su ritmo la samba; su pasión el fútbol y su ídolo Pelé; su ciudad Río de Janeiro y su escaparate la playa de Copacabana; su vergüenza los laberintos de favelas que rodean las grandes ciudades y su reto, la colonización de inmensos territorios interiores vírgenes; su éxito, la convivencia multirracial sin estridencias; su orgullo, haber ganado en dos ocasiones el Campeonato Mundial de Fútbol y su dolor, no haberlo conseguido más veces; su mejor envite, construir una capital modelo, Brasilia, en medio de un territorio despoblado para desplazar hacia el interior el interés de sus gentes....



Un acuerdo que valió un Imperio

El Tratado de Tordesillas

Que Brasil sea Brasil, con su lengua portuguesa y sus características nacionales se debe a un Tratado que firmaron en la ciudad castellana de Tordesillas, el 7 de junio de 1494, las coronas de España y Portugal.

El Papa Alejandro VI había publicado años antes una Bula en la que delimitaba los derechos de España y Portugal para explorar y conquistar tierras. En ella establecía los derechos de Portugal a explorar hacia el sur, contorneando la costa africana y establecía el límite de este derecho en una línea imaginaria trazada desde el Polo Norte al Polo Sur, a cien leguas al oeste del Archipiélago de Cabo Verde. Al otro lado de esta línea se situaban los territorios reservados a España. Establecía,

además, que ninguna nación podría ocupar las tierras que hubieran sido previamente ocupadas por otra nación cristiana. El resto de naciones europeas, excluidas de la Bula, no aceptaron jamás su validez en política internacional, pero España y Portugal sí.

Los descubrimientos de Colón dieron a esta Bula un valor nuevo. Fundamentaban derechos exclusivos de España en las nuevas tierras descubiertas.

Por ello los Reyes Católicos pretendieron garantizar su valor mediante un tratado político. También Portugal estaba interesado en él, porque no había quedado satisfecho con lo dispuesto por Alejandro VI: la línea a cien leguas de Cabo Verde no dejaba suficiente espacio de maniobra a los barcos portugueses cuando necesitaban navegar hacia el Oeste en busca de los vientos favorables para llegar al Cabo de Buena Esperanza.

El Tratado se firmó en Tordesillas y la línea de separación quedó fijada a 370 leguas del Archipiélago africano.

Seis años más tarde, la flota de Alvares Cabral navegaba hacia el Oeste a la búsqueda de los vientos alisios que en el Atlántico Sur soplan en dirección Este, cuando se encontró con las costas de Brasil, dentro del límite de las 370 leguas.

Vicente Yáñez Pinzón

El primero que llegó

La historia discute todavía quien fue el primero en llegar a las costas de Brasil. No es extraño porque en aquellos tiempos es-



tas noticias no se publicaban en las primeras páginas de los periódicos por la simple razón de que no había periódicos. Además, los navegantes españoles y la propia monarquía se guardaban mucho de difundir mapas y noticias precisas sobre los descubrimientos para prevenir rivales y ataques. Sin embargo, parece fuera de toda duda que el primero que llegó a territorio brasileño fue Vicente Yáñez Pinzón.

Este marino de Palos de Moguer había adquirido gran experiencia marinera gracias a sus actividades de corsario. En el primer viaje de Colón se encargó de reclutar a la tripulación y de mandar la carabela más marinera de la flota, la Niña.

Decidido a montar su propia expedición, consiguió de los reyes capitulaciones y partió en el año 1499. Fondeó en las islas de Cabo Verde y, desde allí, una tormenta le empujó hasta las costas brasileñas en los primeros días del año 1500. Brasil fue, pues, descubierto en el cambio de siglo.

El punto en el que tocó tierra fue en el cabo de San Agustín, al que Pinzón denominó Santa María de la Consolación. Después encontró las bocas del Amazonas y fondeó en un lugar del estuario al que bautizó con el nombre de Santa María de la Mar Dulce. Pinzón no llegó a darse cuenta con claridad que se trataba de un río, pero se encontró con la sorpresa de que se trataba de agua dulce y por eso lo llamó el Mar Dulce.

Pedro Alvares Cabral

**El segundo,
tampoco se quedó**

Don Pedro Alvares Cabral fue el jefe de la segunda expedición que llegó a Brasil. Se trataba de una enorme armada para las posibilidades de los tiempos.

El viaje se había preparado a conciencia en Lisboa. Vasco da Gama había regresado de la India y había demostrado que se podía llegar hasta ella por mar rodeando el continente africano.

La carrera por conseguir el monopolio del mercado de las especias volvía a estar abierta: si Colón había encontrado para Castilla un camino navegando hacia el Oeste, Portugal acababa de encontrar otro. Quedaba por ver cuál era más breve y mejor.

El rey D. Manuel puso todo su poder en el empeño. Una flamante flota de 13 navíos partió de Lisboa hacia Cabo Verde. Una vez dejado el Archipiélago, el Almirante Pedro Alvares Cabral siguió las recomendaciones del propio Vasco da Gama y navegó con rumbo Oeste para evitar las terribles encalmadas del Golfo de Guinea. No quería verse obligado a permanecer semanas con los barcos parados en alta mar, contemplando las velas flácidas colgando de los palos.

De pronto, un día 22 de abril de 1500, avistaron el continente. Acababan de descubrir una masa compacta de tierra firme dentro del límite de las 370 leguas que marcaba el Tratado de Tordesillas.

Alvares Cabral tomó posesión en nombre del rey de Portugal y llamó al lugar Tierra de la Vera Cruz. Permaneció allí diez días; repostó provisiones de agua y zarpó rumbo a su destino de la India.

Al principio los portugueses no se interesaron mucho por Brasil, que tomó su nombre del que le pusiera Pedro Alvares Cabral, sino del árbol llamado Palo de Brasil que era muy abundante. Estaban entonces obsesionados con la Especiería y el comercio de las especias. La verdadera colonización sólo empezaría treinta años más tarde.



Una independencia sin lucha ni sangre

Brasil alcanzó su independencia sin apenas derramamiento de sangre. Fue la primera vez que ocurría tal cosa en el nuevo continente. Cuando las corrientes independentistas empezaron a recorrer América, la monarquía portuguesa estaba allí y esa circunstancia fue determinante de toda la historia. El 7 de marzo de 1808, el rey Juan VI y toda la familia real se establecían en Río de Janeiro para gobernar desde allí los territorios portugueses.

La circunstancia de que el gobierno de la nación tuviera su sede en la colonia y la propia metrópoli fuera gobernada desde ella cambió por completo el panorama. Todas las instituciones coloniales se renovaron, quedó abolido el monopolio del comercio y en 1815 se formó el Reino Unido de Portugal, Brasil y de Algarve, en el que quedaron igualadas la antigua colonia con su metrópoli.

La situación no duró porque en Lisboa no la soportaron. La inquietud y las intrigas hicieron volver al rey Juan VI a la antigua capital en 1821. En Brasil quedó como regente su hijo D. Pedro. Pero las cortes portuguesas no se conformaban con esto: exigían el regreso del príncipe a Portugal y la vuelta de Brasil a su antiguo status colonial.

Don Pedro no cedió; estaba apoyado por la mayoría de los brasileños y el 7 de setiembre de 1822, en la llanura de Ipiranga, cerca de Sao Paulo, declaró formalmente la independencia de Brasil. Dos meses más tarde D. Pedro era coronado Primer Emperador, original forma de gobierno para aquellas latitudes. Gracias a esta forma de acceder a la independencia, el primer gobierno brasileño fue suficientemente fuerte como para mantener unido el país, controlando con eficacia los brotes de separatismo de algunas regiones. Por ello la América portuguesa no se fragmentó en una pluralidad de naciones, como había ocurrido con la española.

Conservar la Amazonia es un reto para la humanidad

Hacia mediados de este siglo comenzó a adquirir relevancia el desarrollo de las naciones sudamericanas. Fue entonces cuando los intereses políticos y económicos entraron en escena a la hora de repartirse la selva, es decir, delimitar exactamente las fronteras de las naciones amazónicas (Brasil, Ecuador, Perú y Bolivia). Puesto que era mucho lo que estaba en juego, los países comenzaron a construir carreteras y asentamientos militares que pudieran vigilar las fronteras. Y este proceso se aceleró cuando se descubrieron pozos de petróleo en la zona.

Las principales transformaciones que ahora se están produciendo en la amazonia y que representan un peligro para su supervivencia consisten en las extracciones mineras, destrucción del suelo y la desorganizada colonización y consiguiente presión demográfica.

La selva amazónica es una suculenta despensa de minerales entre los que se encuentran hierro, cobre, magnesio, níquel, aluminio, estaño y oro. Los principales problemas derivados de la extracción es la limpieza del mineral, pues podría provocar algo similar a lo que ya sucedió con el Rhin en Europa, desapareció la vida de sus aguas. La pésima planificación ha dado lugar a casos en los que se han permitido la construcción de ciudades sobre suelos fértiles cuando a poca distancia había suelos más pobres y por tanto más aptos para esa función.

La construcción de asentamientos en tierras amazónicas actúa como focos de atracción que provocan el crecimiento del asentamiento a costa de la selva. En un asentamiento de este tipo situado en el estado de Rondonia, en el interior de la selva amazónica, se ha producido una pérdida del 26% de la selva sólo entre 1970 y 1987.

En conjunto, estos problemas han acabado en los últimos 10 años con una superficie de selva similar a la española. De seguir con este ritmo podría desaparecer toda la selva amazónica en menos de 100 años. Afortunadamente parece que este ritmo está decreciendo.

Si un simple moho como el Penicillium pudo salvar la vida de millones de personas gracias a la penicilina ¿cuántos descubrimientos, quizá tan cruciales como el de la penicilina, pueden perderse si se extinguen las especies amazónicas?

Entre el crecimiento y la desigualdad

I. Pérez de los Heros

Al final de la década de los 50, con la presidencia de Juscelino Kubistchek se encauzará definitivamente el proceso de industrialización de Brasil. Parecía ineludible desde que la crisis de los años treinta pusiera en evidencia la obsoleta orientación agroexportadora de la economía brasileña.

El programa desarrollista supondrá una fuerte transformación del tejido social e industrial del país. Pretendía fundamentalmente la reducción del peso agrícola en favor de la industria, sustituir importaciones, diversificar la producción y comercio, e integrar un amplio mercado interno incorporando las regiones de interior con la dotación de infraestructuras. Ardua tarea cuando inflación y endeudamiento hipotecaban ya el proceso, y cuando la inestable situación política y social revelaba desigualdades hasta hoy no superadas.

No obstante el crecimiento industrial con altibajos, sirvió para superar la monoproducción y exportación del café hacia otros productos (cacao, caña de azúcar, banana, tabaco, soja, algodón, gana-

do o minerales) en los que Brasil ocuparía los primeros puestos mundiales. Asimismo, se orientó hacia el mercado interno gran parte de esa producción que ahora estaría más conectada con las industrias locales en proceso de modernización. Además, se vería favorecido por la mejora en la infraestructura de comunicaciones, especialmente carreteras. Ahora bien, la dependencia tecnológica y financiera del exterior, junto a la inflación, seguía mermando el desarrollo. En consecuencia, la deseable redistribución de la riqueza entre la creciente y cada vez más urbana población seguía sin producirse. En el campo, porque aún predominaría la tradicional concentración de la propiedad en pocas manos. En la ciudad, porque eran otros pocos los propietarios de los medios de producción. En definitiva, urbanización y crecimiento demográfico de una población mayoritariamente desprotegida que haría proliferar los llamados "cinturones de pobreza" en las grandes capitales. De ahí los paisajes de chabolas (favelas), la marginalidad, insalubridad, analfabetismo y violencia todavía no paliados. Y todo ello aderezado por la falta de un mar-

co político, legislativo y administrativo que pudiese en alguna medida potenciar lo que debería considerarse una inversión, la educación, y lo que tendría que ser un derecho, la atención sanitaria.

Un Programa genuino

Tras la primera de las crisis petrolíferas allá por 1973, muchos países tuvieron que reconsiderar su dependencia energética. Brasil así lo haría, buscando soluciones alternativas para un recurso imprescindible, escaso y caro. Había que buscar alguna energía renovable, económicamente rentable, y a poder ser, limpia. Y sería el alcohol, obtenido de caña de azúcar, el protagonista del "Programa Proalcool" que desde 1975 se viene desarrollando e investigando. Más de la mitad de los coches ya funcionan con este combustible y a pesar de ciertos inconvenientes, el programa avanza notablemente dada su corta vida. La ventaja ecológica es evidente, si bien su expansión a otros países conllevaría nuevas dependencias. La búsqueda de energías renovables y alternativas ya tiene en Brasil su primer éxito.



Brasilia

En medio del planalto central, a unos 1000 km. de la costa, nació la actual capital de Brasil entre 1957 y 1960. El proyecto, llevado a cabo por Lucio Costa y Oscar Niemeyer, perseguía un doble objetivo político y económico: simbolizar el potencial del Brasil futuro, e integrar las regiones del interior en el proyecto de industrialización. Planificada en torno a dos ejes cruzados en forma de avión, es una ciudad de grandes avenidas y amplios espacios. Zonas sociales, viviendas, organismos y áreas de ocio están perfectamente distribuidos, aunque nada evita cierta sensación de soledad o cuando menos frialdad.



Marginados

La marginalidad, pobreza, analfabetismo, e insalubridad que define los superpoblados barrios pobres de las metrópolis brasileñas, tiene en los niños sus víctimas más desprotegidas. Por si fuera poco, en ciudades como Río de Janeiro, los temidos "escuadrones de la muerte" matan brutalmente a diario niños que tienen por casa las calles, y cuyo medio de vida pasa por la mendicidad, el raterismo, la drogadicción, o la prostitución. Grupos de exterminio eliminan a los "potenciales delincuentes" amparados por la corrupción de las instituciones y el anonimato de unas víctimas sin familia, sin posibilidades, y sin futuro.



Indígenas

A pesar de la dificultad del cálculo, se estima en unos tres millones el número de indios que vivían en territorio brasileño cuando llegaron los portugueses. Hoy quedan unos 200.000. Desde antaño, la explotación económica de zonas como Acre, Roraima, Pará, Matto Grosso o Rondonia ha supuesto diezmar, cuando no extinguir, la mayoría de comunidades indígenas con auténticos genocidios. Aunque en la teoría la Constitución de 1988 reconoce los derechos inalienables de los indios sobre sus tierras, en la práctica los proyectos de aprovechamiento del suelo y recursos de estas regiones afectan a su supervivencia.

El Brasil es un enorme país. Allí se mezclan las más variadas costumbres, los paisajes más diversos, la mayor pobreza y un importante desarrollo industrial; pocos pueblos existen en la tierra donde haya habido un mestizaje tan intenso como en el Brasil.

Las lenguas africanas, las hablas indígenas y las lenguas europeas han enriquecido un portugués que muestre algunos rasgos diferenciales del peninsular que se manifiestan en una enorme riqueza de vocabulario, un indudable sentido musical y una conciencia muy extendida de pertenecer a una de las comunidades lingüísticas más numerosas, actual y potencialmente, de la tierra.



José Robledo

Una gran Literatura para un inmenso país

Este panorama se ha reflejado en una literatura muy rica. Entre los muchos nombres que cabe mencionar hay que recordar sobre todo a un extraordinario novelista del siglo XIX, Joaquín María Machado de Assis que escribió **Don Casmurro** y las **Memorias póstumas de Blas Cubas**. Ya en nuestro siglo es obligado citar a los poetas Manuel Bandeira, Carlos Drummond de Andrade y Haroldo de Campos. La poesía experimental brasileña, sobre todo en el campo de la experimentación gráfica, tiene fama en el mundo entero. Dentro de la novela, son nombres destacados los de José Lins do Rego, autor de **Os Cangaceiros**, Graciliano Ramos, con sus **Vidas secas** y Joao Guimarães Rosa, que, en su obra **Gran Sertón: veredas** realizó una obra de gran complicación formal, extraordinaria inventiva lingüística y fantasía desbordada.

Pero seguramente el novelista más popular de toda la narrativa brasileña en el presente siglo es Jorge Amado. Nació en 1912 en el estado de Bahía; esta zona, situada al Nordeste de la capital del país, es una tierra de grandes contrastes climáticos (con lluvias torrenciales y grandes sequías), rica en producciones agrícolas y con yacimientos mineros muy importantes. En los años veinte, toda la zona adquirió un enorme desarrollo por el auge del comercio del cacao; las plantaciones se extendieron, muchos propietarios se enriquecieron desmesuradamente y algunos puertos, como Ilhéus, cobraron una posición preeminente en el comercio brasileño. Aquí, es donde Jorge Amado sitúa la mayor parte de sus novelas y pinta, de un modo muy vivo, aquella época en que la ciudad de Ilhéus quería paragonarse con la capital del País y aún con las ciudades europeas pero también cuando los llamados "coroneles", propietarios de las grandes plantaciones, dirimían sus diferencias con métodos violentos.

La novela más famosa de Jorge Amado es, sin duda, **Gabriela, clavo y canela** (así es como se la ha traducido al castellano, aunque quizás el título más correcto debería haber sido: Gabriela, clavel y canela). En esta obra, se mezcla la historia de amor que viven el comerciante Nacib y la impulsiva Gabriela con la pintura de ese momento de expansión de Ilhéus, en 1925, "cuando florecía el cacao e imperaba el progreso. Con amores, asesinatos, banquetes, pesebres, historias variadas para todos los gustos, un remoto pasado glorioso de nobles soberbios y ordinarios, un reciente pasado de ricos plantadores y afamados bandidos...", como dice el propio narrador.

Jorge Amado es un novelista más bien tradicional; no es aficionado a usar técnicas vanguardistas, ni gusta de alterar los tiempos o las perspectivas de sus relatos. Interviene en el relato con comentarios irónicos y sabe mezclar, con gran acierto, la fantasía con la referencia más exacta al mundo social de su región natal, la vida a la europea de sus nuevos ricos con el folkllore primitivo y la magia de sus habitantes más humildes. Jorge Amado denuncia, sobre todo en las obras de su primera obra, la explotación de los negros e indios por gentes que buscan enriquecerse sin escrúpulos. Pero generalmente, y sobre todo en sus novelas de madurez, Jorge Amado no gusta de exagerar las tintas y prefiere narrar con la sonrisa en los labios.

Jorge Amado ha sabido crear grandes personajes femeninos. Sabe retratar muy bien a la mujer brasileña, apasionada y espontánea, y sabe hacer revivir al lector el mundo casero de los platos de cocina y los postres de llamativos nombres o los vestidos en los que estalla toda la fuerza imaginativa de los que se ven en el carnaval. Doña Flor y sus dos maridos y Tereza Batista, cansada de guerra son otros grandes ejemplos de la narrativa de este brasileño universal.

La mayor selva del mundo

Francisco Armesto

En una superficie de cuatro millones de kilómetros cuadrados (ocho veces mayor que España) se encuentra la selva más extensa del planeta, un lugar donde plantas y animales han evolucionado hasta alcanzar el mayor grado de diversidad natural conocido. La población vegetal, que alcanza los 40 metros de altura, es tan enorme que muchos animales pueden pasar su vida entre las ramas sin tocar nunca el suelo. Puesto que son plantas las que liberan oxígeno a la atmósfera, la vegetación amazónica constituye el pulmón terrestre más importante del planeta. Se ha calculado que en la selva existen unas 8.000 plantas diferentes y unos 30 millones de animales, en su mayoría insectos. La variedad de insectos es tan grande que diariamente se descubren nuevas especies. En un estudio reciente se descubrieron unas 600 nuevas especies de escarabajos en un sólo árbol. También otros grupos animales poseen una extraordinaria diversidad. De peces, por ejemplo, en sólo un radio de 30 kilómetros alrededor de Manaos existen unas 700 especies, un número mayor que todas las conocidas en Norteamérica.

Una de las peculiaridades de la gran cuenca amazónica es la escasa inclinación de los terrenos por donde discurre el río. Salvo en escasos lugares donde existen rápidos, la corriente se desliza lenta y perezosamente hacia el Océano Atlántico. Además, como existe poco desnivel con respecto al nivel del mar, las aguas discurren sin apenas fuerza. Estas dos características provocan que tras las periódicas lluvias tropicales, dos veces al año, el río se desborde e invada enormes extensiones de selva. Esta elevada humedad unida a una temperatura alta y uniforme (hay más variaciones de temperatura entre el día y la noche que a lo largo de todo el año) han condicionado la vida de su flora y fauna. Es muy raro, por ejemplo, que en la selva se encuentre un animal que no sepa nadar.

Quizá una de las mayores sorpresas que un europeo puede encontrar al entrar en la selva es la relativa oscuridad y carencia de animales que se observa sobre el suelo. Sobre las copas de los árboles es donde se mueven la mayor parte de animales como escorpiones, monos, ranas, lagartos y serpientes, miles de aves, millones de insectos. Y las mismas plantas han logrado crecer sobre las ramas de los árboles, dejando que sus raíces cuelguen hacia el suelo formando una espesa maraña capaz de retener el agua y los restos de otras plantas que caen de arriba y que pueden servir como fuente alimenticia.